EL CABALLO CLAVILEÑO

EPISODIO DEL QUIJOTE

EN UN ACTO Y EN VERSO

DIVIDIDO EN TRES CUADROS

ORIGINAL DE

D. Juan Redondo y Menduiña

MÚSICA DEL MAESTRO

D. Joaquín Taboada Steger

N. P. 1,25 ptas.

UNIÓN MUSICAL ESPAÑOLA
(Antes Casa Dotesio)
EDITORES

MADRID: Carrera de San Jerónimo, 34 y Preciados, 5
BILBAO: Cruz, 6 **SANTANDER: Wad-Rás, 7**
BARCELONA: Pta. del Angel, 1 y 3 **VALENCIA: Paz, 15**
ALICANTE: Mayor, 37

19

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS

N.° de la procedencia

3569.

PERSONAJES

La Duquesa.	El Duque.
La Condesa Trifaldi.	El Doctor Pedro Recio.
Doncella 1.ª	Criado 1.°
Doncella 2.ª	Criado 2.°
Don Quijote.	Marmiton 1.°
Sancho Panza.	Marmiton 2.°

Coro de cazadores

La letra y música de esta obra es propiedad de la Unión Musical Española, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante Tratados internacionales de propiedad literaria.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CUADRO PRIMERO

Una alameda.

ESCENA PRIMERA

CORO DE CAZADORES, *dentro.*

Música

¡Qué gratas delicias ofrece la caza
para el que se precia de buen cazador;
constante peligo su vida amenaza,
mas él prueba siempre destreza y valor!
A los jabalíes con furia acomete
y su ímpetu aguarda con ansia febril
y cuando la fiera por fin arremete
resiste el empuje su ardor varonil.
Ya los ecos de las trompas
van perdiéndose a lo lejos,
ya sus últimos reflejos
lanza el sol al espirar.
Ya el descanso nos anuncia
que acabó la cacería
hasta que otro nuevo día
vuelva el sol a iluminar.

724138

ESCENA II

LA DUQUESA, EL DUQUE *y después* SANCHO PANZA.

Hablado

DUQUESA. ¡Buena fué la cacería!
DUQUE. Se hizo muy bien el ojeo
y a la orilla del arroyo
darán testimonio de ello
las piezas que se han cazado.
DUQUESA. Duque, yo he matado un ciervo.
DUQUE. Siempre de mi linda esposa
van los golpes muy certeros
al corazón. Yo en el mío
herida de muerte llevo
que me causaron sus ojos
tan ardientes y tan bellos.
DUQUESA. Siempre cortés y galante
ha sido mi esposo y dueño
y de escuchar sus lisonjas
sobrada costumbre tengo.
DUQUE. Alguien llega.
DUQUESA. Tosco y rudo
paréceme por su aspecto
DUQUE. Aquí está... viene rendido,
no puede echar el aliento.
SANCHO. *(Arrodillándose ante la Duquesa.)*
Ilustre y noble señora,
mi amo el gentil caballero
Don Quijote de la Mancha,
o sea de los Espejos,
para besaros las manos
desea el permiso vuestro,
y aguardando tal permiso
está de aquí a poco trecho
para llegar presuroso
a ofreceros sus respetos.

DUQUESA. Alzad. ¿Quién sois?
SANCHO. Soy, señora,
Sancho Panza su escudero.
DUQUE. ¿Ha mucho que le servís?
SANCHO. Sí, señor, ha mucho tiempo
haciéndome ofrecimientos,
que aunque no los ví cumplidos,
acaso se cumplan luego.
DUQUE. De andante caballería
algo conozco, y yo creo
que cuando él os lo ofreció
lo ha de cumplir como bueno.
SANCHO. Lo que prometen los listos
hace alegrar a los necios.
Más vale pájaro en mano
que cien volando... y a perro
que ya es viejo no hay tus-tús,
y como voy para viejo
yo sé que más vale un *toma*
que un *dos te daré*.
DUQUE. Muy cierto.
Veo que sois un criado
picarón y refranero
y admírame que sigais
a vuestro señor sirviendo.
SANCHO. Es que le tengo cariño
y abandonarle no puedo.
Mas ya he cumplido mi encargo;
decidme vos qué contesto.
DUQUESA. Decidle que si le place
aquí su llegada espero.
SANCHO. Gracias en su nombre os doy,
pues bien se comprende al veros
que aunque sois tan noble y grande
no humillais a los pequeños.
(Vase.)
DUQUE Dicen que el amo está loco.
DUQUESA. Pues el criado es bien cuerdo.
(Mirando a lo lejos.)

Cayó el valeroso hidalgo
desde su caballo al suelo.

DUQUE. Acudamos en su ayuda.

DUQUESA. Ya llegaron los monteros.
Aquí viene ya con Sancho.

DUQUE. Pues salgamos a su encuentro.

ESCENA III

DICHOS, DON QUIJOTE *y* SANCHO.

DON QUIJOTE. Ante vuestra fermosura
rendido y absorto vengo,
pues dama de prendas tales
cual vos, mis ojos no vieron.

DUQUESA. Gracias, señor Don Quijote,
lisonja tal no merezco;
mas junto al sol cuando brilla
poca luz tiene un lucero.
Es Dulcinea ese sol,
con un fulgor tan intenso,
que palidecen los astros
ante su rostro hechicero.

DON QUIJOTE. Bien se vé, noble señora,
vuestra fineza y talento
cuando despreciais lo propio
queriendo ensalzar lo ageno.

DUQUE. A mí llegó la noticia
de que hay un mago perverso
de vuestra suerte envidioso
que haceros quiere mal tercio,
y ya sé que a vuestra dama,
que es de hermosura un portento,
cambió por mágicas artes
su rostro gracioso y bello
en el grosero y vulgar
de tosca mozo de pueblo
que iba en un asno montada
mendrugos de pan comiendo

y pegando sendos brincos
encima del aparejo.

SANCHO. Yo lo ví con estos ojos
y lo que yo he visto es cierto.

DON QUIJOTE. ¡Calle, que nadie le dió
para hablar consentimiento!

SANCHO. Quise echar mi cuarto a espadas
y me salió mal el juego.
En la cárcel de mi boca
presa mi lengua habeis puesto,
y obra buena siempre ha sido
dar la libertad a un preso.

DUQUE. Ahora, señor Don Quijote,
hospitalidad le ofrezco
y espero que en mi castillo
no tendreis aburrimiento.

DUQUESA. Lo que mi esposo y señor
os ha dicho, yo os reitero,
y también venga el buen Sancho,
que nada tiene de lerdo.

DON QUIJOTE. Gracias mil; honráisme mucho
y vuestro hospedaje acepto,
que agradable hará el castillo
la fineza de su dueño.

SANCHO. Puede ser que esta aventura
acabe en bien, pero temo
que salgamos de su casa
como gato con cencerro.

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Cámara elegante de la Duquesa. Puerta al foro y laterales. A la derecha una ventana que dá al jardin.

ESCENA PRIMERA

SANCHO PANZA *con un paño atado al cuello a modo de babero, y dos* MARMITONES.

Música

SANCHO. ¿Qué es lo que pretenden
estos marmitones?
¡Yo ya no resisto
tantos restregones!
Y si es que las barbas
quiérenme rapar,
que venga el barbero
si me ha de afeitar.

MARMITONES. Para hacer tales oficios
aquí está la servidumbre
y nosotros no podemos
acabar esa costumbre.

SANCHO. Pues ponedme el agua limpia
y lavadme con jabón
y quitadme esta arpillera
que es más negra que un tizón.

MARMITONES. Preciso es que le limpien
las manos y la cara,
pues no fuera decente
que no se las limpiara.

SANCHO. Dejad que yo me lave,
lo haré con más primor,
pues con las manos sucias
¿quién es gobernador?

LOS TRES. Como los duques
lleguen a oir,
acaso alguno
lo ha de sentir.

ESCENA II

DICHOS *y* LA DUQUESA

Hablado

DUQUESA. ¿A qué armais tanto alboroto?
¿a qué vienen esos gritos?

MARMITÓN 1.º Es que el señor Sancho Panza
se puso hecho un basilisco
cuando quisimos lavarle,
como es uso tan antiguo
entre personas de alcurnia.

DUQUESA. ¿Y porqué se ha enfurecido
el buen Sancho?

SANCHO. Gran señora,
yo bien quiero verme limpio
y que con agua bien clara
me lavaran los hocicos,
y trajéranme después
tohallas de lienzo fino;
pero nunca un cernedero,
ni legía en un lebrillo,
que más que limpiar, ensucia,
y esto no se le hace al hijo
de mi madre, porque tengo
un par de puños muy lindos
y las narices de alguno
he de poner como un higo.

DUQUESA. Dice bien el escudero,
porque no es modo muy digno
de agasajar a los huéspedes
que a honrar vienen el castillo.

SANCHO. Bien se vé, noble señora,
que dais gala a vuestro título
y así tratais a los grandes
como a los pobres y chicos.
Y sepan estos mastuerzos,
orgullosos y ladinos,
que «donde las dan, las toman»
y el que más alto ha subido,
cuando cae dá más porrazo,
y os puede pasar lo mismo.

DUQUESA. ¡Basta ya! Váyanse todos
y sepan que no permito
que lleguen hasta mi cámara
mientras no os mande un aviso.
(Mutis los criados.)

SANCHO. Bellaco soy, mas no tanto
que llegue a dar al olvido
lo que se debe a una dama
de tal nobleza y prestigio.

DUQUESA. Bien hablas; bien se conoce
la escuela en que has aprendido,
y las cosas que tú sabes
no se estudian en los libros;
pero el señor Don Quijote
de maestro te ha servido
y honra das a tal maestro
al tenerte por discípulo.

SANCHO. Ya sé que tengo un caletre
más duro que un marmolillo
y no dejaré en el mundo
recuerdo de lo que he sido,
que el buen perro de pelea
se hace a fuerza de mordiscos.
Un doctor en Salamanca
puede tener un descuido,

y a veces saben los machos
más que el arriero el camino.

DUQUESA. Aquí llega tu señor
con el Duque, mi marido.

SANCHO Pues permítame, señora,
ir a buscar otro sitio
en el que de igual a igual
puedan conversar conmigo.
«Cada oveja, su pareja»,
que aquí no son de mi oficio
y el que no sepa latín
no se meta a ser obispo.

DUQUESA. Sancho amigo, bien discurres;
te aseguro que no he visto
razonar de tal manera
a hombre cual tú tan sencillo.

ESCENA III

LA DUQUESA, SANCHO, DON QUIJOTE *y* EL DUQUE.

DUQUE. Os digo que sois la flor
de caballeros andantes
y gran honra ha de lograr
quien vuestra amistad alcance.

DON QUIJOTE. La andante caballería
recordará en sus anales
entrevista tan cordial
de que nunca ha de olvidarse.

DUQUESA. Siéntese vuestra merced
y lo que le plazca hable,
que grande contentamiento
vuestra plática ha de darme.

SANCHO. Yo me quedaré de pie,
pues no hay quien sentar me mande,
que el pobre aunque esté rendido
a pie sigue aunque se canse.

DON QUIJOTE. ¡Bellaco modo de hablar!
Tú serás siempre un bergante

y las enseñanzas mías
bien pocò en verdad te valen.

SANCHO. Nunca el amo dijo al perro:
«Cállate, perro, y no ladres»,
y es natural qne la soga
por lo más delgado salte.
Si metí baza en el juego,
fué porque me dieron naipes,
y muchas veces hicisteis
que con vos partida echase.

DUQUESA. Veo que eres, Sancho amigo,
aficionado a refranes
y callarte no es posible
mientras lengua no te falte.
Pero son tales tus dichos
y a mí tanto me complacen,
que lejos de armar querella,
consiento hasta mí elevarte.

DUQUE. Para gobernar tu Insula
tienes dotes admirables,
y este ofrecimiento mío
yo haré que no se retarde.

DON QUIJOTE. Recuerda, Sancho, que un día
pretendieron los Titanes
llegar hasta el alto cielo
creyéndolo empresa fácil;
que las Danaidas quisieron
llenar tonel insondable
y no consiguieron nunca,
cual lo intentaron, llenarle.
Con esto decirte quiero
que cuando arriba te halles,
a los de abajo no mires
como cosa despreciable.
Al pobre y menesteroso
justo es que ayudes y ampares.
Más altas están las nubes
y hechas agua se deshacen.
La vara de la Justicia

que en tus manos entregaren
no permitas que la tuerzan
mundanas debilidades,
y aunque sermón de Cuaresma
hoy te parezcan mis frases,
nunca, Sancho, las olvides,
porque todas son verdades.

SANCHO. Siempre seguí sus consejos,
pues teneis saber muy grande,
y ya vereis como cumplo
cuando a gobernar me llamen.

DUQUE. Y ahora, señor Don Quijote,
oportuno es que descanse,
pues fatigado os encuentro
y es bochornosa la tarde.

DON QUIJOTE. Haré lo que vos mandeis,
ya que os mostrais tan afable.

DUQUESA. Tú, Sancho, queda conmigo.

SANCHO. Quedaré, ya que así os place.
(Mutis Don Quijote y el Duque.)

ESCENA IV

LA DUQUESA *y* SANCHO

DUQUESA. Hablemos, Sancho.

SANCHO. Señora,
ya sabe vuestra grandeza
que un criado, el más humilde,
seré mientras vida tenga.

DUQUESA. Yo deseo, Sancho amigo,
que hables con toda franqueza
y me cuentes muchas cosas
que solácenme y diviertan.

SANCHO. Pocas sé, pues pocas caben
en mi rústica mollera,
y poco humo ha de salir
de tan corta chimenea.
Y aunque tengo por costumbre

dormir cinco horas de siesta.
hoy para mejor serviros
pasaré la tarde en vela.

DUQUESA. Agradezco la lisonja,
y pues servirme deseas,
a lo que yo te pregunte
con fidelidad contesta.
¿Por qué mentiste a tu amo
diciendo cosas inciertas
cuando te envió al Toboso
a buscar a Dulcinea?

SANCHO. El que busca en un pajar
una aguja, no la encuentra,
aún sabiendo que está allí
guardada la aguja aquella.
¿Cómo hallar en el Toboso
a tan fermosa princesa,
cuando sé que no ha nacido
la que de parirla hubiera?
En vez de la noble dama
que al llorar vertía perlas,
y ámbar echaba su boca
que olía el que estaba cerca,
díjele que en un pollino
la ví al entrar en su aldea.
y que a cebollas me olía
en lugar de oler a esencias.
Así hablé; pero a mi amo
metiéronle en la cabeza
que aquello que yo veía
un encantamiento era.

DUQUESA. Acaso fuera verdad,
pues ocurre con frecuencia
que por vengarse los magos
de alguna terrible ofensa,
aquella tan noble dama
por esas artes maléficas
tomó cuando tú la viste
una forma tan grosera.

La mentira, amigo Sancho,
nos mancha siempre la lengua
y sólo si evita males
alguna vez se tolera.
Mas cuando sólo por burla
sarta de embustes se enreda,
es un rufián y un bellaco
el que por burlarse mienta.
Y esa rústica aldeana
que topaste en las afueras
del lugar, fué de seguro
la dama noble y egregia
que del bravo Don Quijote
es la refulgente estrella
que con su brillo le alumbra
en la noche de su pena;
pues algún mago enemigo
te hizo ver mujer tan fea
en la que sólo es dechado
de gracia y de gentileza.
Por eso tu amo y señor,
cuando se hallaba en la cueva
de Montesinos, hallóse
una moza en su presencia,
no con las galas y adornos
que à dama de tal nobleza
corresponde, y si en el traje
de gente pobre y modesta,
montada en un asno humilde
que podría andar apenas
en vez del corcel brioso
en que cabalgar debiera.

SANCHO. Alumbrado habeis, señora,
mi magin, y acaso sea
una ilusión lo que he visto.
pues hay quien despierto sueña
y yo que nací tan torpe
lo seré hasta que me muera.
pues el genio y la figura

hasta la tumba se llevan;
pero he visto tantas cosas
que nunca pensara verlas,
y ya no sé si estoy loco
o estoy junto a la frontera.
En eso de hacer locuras,
¿habrá quien no las cometa,
unos hoy y otros mañana?
A cada puerco le llega
su San Martín, y ninguno
se hallará que decir pueda:
«De este agua no beberé».
que donde menos se piensa
salta la liebre.

DUQUESA. Es verdad
y hablas cual gente discreta,
pues yo pensé que tenías
menos gracia y más simpleza.

SANCHO. Esta rústica figura
otra cosa no aparenta,
mas bajo una mala capa
un buen bebedor se encierra;
nadie, si el arca no abre,
sabrá lo que hay dentro de ella,
y mientras no anda la mula
no se sabe si cojea.

DUQUESA. Pues te ofrecieron la Insula,
te la darán con presteza,
y ya veremos entonces
de qué modo la gobiernas.

SANCHO. Como Dios me dé su ayuda,
haré justicia bien recta,
pues creo que a cada santo
le debe alumbrar su vela.
Que no se atropelle al pobre,
ni se ultraje a las doncellas.
El ladrón vaya a la cárcel,
y pague todo el que deba.

DUQUESA. La siesta vete a dormir
y tranquilamente espera,

que ya sé que cuando juzgues
será justa tu sentencia.

SANCHO. Pues cuando al gobierno vaya
sin mi Rucio no me tengan,
que siempre fiel me ha seguido
y que no es la vez primera
que fueron algunos asnos
a los gobiernos.

DUQUESA. No temas.

SANCHO. Pues a la siesta me voy,
que los ojos se me cierran
y en estas tardes de Agosto
me acomete la soñera.

ESCENA V

DICHOS *y el* DOCTOR PEDRO RECIO

PEDRO RECIO. Hame dicho el señor Duque,
y me place la noticia,
que dió al señor Sancho Panza
el gobierno de la Insula,
y ordenóme que viniera,
y asi lo hice yo enseguida,
para ver qué salud goza,
pues es grande la fatiga
que ha de causar en su cuerpo
el trabajo que hoy principia.

DUQUESA. Pues solos quedad los dos,
que fuera imprudencia mía
estorbar con mi presencia
tan delicada entrevista. *(Mutis.)*

PEDRO RECIO. Discreta fué la señora
y prudente se retira,
pues he de haceros preguntas
a que es bien que ella no asista.

SANCHO. Paréceme su mercé
a un fraile cuando predica,
porque dura su preámbulo

más que la plática misma.
Sabed, señor Pedro Recio,
que nunca tuve en mi vida
mal alguno que me hiciera
necesitar melecinas;
con mi azadón en la mano
abro a la tierra las tripas,
que aunque esté muy seca y dura
no hay tierra que se resista;
conque no le dé jaropes
al que no los necesita
y le ensucieis el cuerpo
con mejunges de botica.

PEDRO RECIO. Pues perdonad, señor Sancho,
que todo cuanto yo os diga
no ha de ser en daño vuestro,
pues mi ciencia me autoriza
a deciros muchas cosas
que aún no teneis aprendidas.
El hombre más fuerte y sano
tiene en su cuerpo malicias
que el enfermo nunca sabe
lo mucho que perjudican.
Cuando os pongais a comer,
no abuseis de la comida,
ni de esas picantes salsas
que a vuestro estómago excitan.

SANCHO. ¿Pero hacen daño las magras,
los pollos y las gallinas
y los tasajos de carne
y las buenas truchas fritas?

PEDRO RECIO. Gallinas, magras, tasajo,
sí que son cosas muy ricas;
mas vuestro estómago es débil
y esos manjares irritan.
Comed berzas solamente
en agua clara cocidas,
que este frugal alimento
fácilmente se asimila.

SANCHO. ¿Y vino?

PEDRO RECIO. ¿Vino decís?
No digais tal tontería,
que si os excita el cerebro
no sabreis hacer justicia.
Las fuentes dan agua clara,
fresca, pura y cristalina,
y al cerebro más ardiente
le refresca y vigoriza.

SANCHO. ¿Y quiere vuestra merced
que alegre y tranquilo viva
cuando al comer sólo coles
más pareceré una espina
que un hombre de carne y hueso?
Eso Dios no lo permita.
Sólo al pensar en la cena
bailando están mis mandíbulas,
y ese olor a carne asada
que viene de la cocina
alégrame de tal modo,
que comparo esta alegría
con el ayunar eterno
a que mi señor me obliga.
Si no quieren darme magras
y apetitosas tortillas
y ese cochifrito en breve
que en este momento guisan,
si no quieren regalarme
con esas tortas de almíbar
que me dijo un marmitón
que en la despensa tenían,
dénme una hogaza bien tierna
que pese dos o tres libras,
y si el no comer de todo
lo que en la mesa nos sirvan
es de nobles y de grandes
y prueba de cortesía,
dénme pronto mis alforjas
y a mi pueblo iré enseguida,

que el buey suelto bien se lame
y aquí de comer me privan,
y no es bien que al ir a casa,
mi Teresa y mi Sanchica
cuando recen el rosario
lo recen con mis costillas.

PEDRO RECIO. Hablais bien, amigo Sancho;
teneis gracia y picardía.

SANCHO. No, señor; lo que yo tengo
es más hambre que un copista,
porque tripas llevan piernas
y de panza que se hincha
sale la danza.

PEDRO RECIO. Es verdad,
y al que a buen árbol se arrima,
como os acontece a vos,
buena sombra le cobija;
y vamos, amigo Sancho,
vos a echar la siestecilla
y yo a cumplir mis deberes.

SANCHO. Este Doctor me aniquila.
(Vanse.)

ESCENA VI

TRES DONCELLAS

Música

LAS TRES. De la señora Duquesa
somos las tres doncellitas
y todos dicen que somos
muy graciosas, muy bonitas.
Ha dispuesto la señora
esta noche en el jardín
una farsa en que aparezca
en su carro el gran Merlín.

DONCELLA 1.ª Yo hablaré lo mismo
que una comedianta.

DONCELLA 2.ª — Yo soy Dulcinea
que al hidalgo encanta.

DONCELLA 3.ª — De acompañamiento
yo también iré
y para hacer bulto
algo serviré.

LAS TRES. — Otro encanto esta noche
harán después
y nos divertiremos
mucho las tres.
Y para que podamos
fingirlo así
yo seré la Condesa
de Trifaldí.
Como el mago Malambrino
tiene muy mala intención,
nos ha puesto con más barbas
que el bendito San Antón.
Un caballo de madera
que bajaron de un desván,
por buscar a Malambrino
amo y Sancho montarán.

DONCELLA 1.ª — Yo seré una dama.

DONCELLA 2.ª — Otra yo seré

DONCELLA 3.ª — Y yo con las barbas
qué linda estaré.

LAS TRES. — ¡Qué graciosa fiesta
habrá en el jardín
entre Malambrino
y el sabio Merlín!

TELÓN

CUADRO TERCERO

Jardin en el palacio de los Duques. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DON QUIJOTE *y* SANCHO

Hablado

DON QUIJOTE. Los cielos, amigo Sancho,
colocáronme esta noche
en el trance más terrible
en que puede hallarse un hombre.
Merlín, el sabio Merlín
que mis tristezas conoce,
hoy quiere poner remedio
a mis cuitas y dolores.

SANCHO Para que empiecen los míos.
que habrán de ser muy atroces,
porque el sitio es delicado
en que he de asestar los golpes.

DON QUIJOTE. No con tal bellaquería
mi justo enfado provoques,
pues lo que un hombre promete
debe cumplirlo si es noble.

SANCHO. Es verdad, pero son muchos
tres mil trescientos azotes;

y si he contarlos bien
que alguien la cuenta me tome
de los que me fuere dando
en distintas ocasiones
y que con sangre se escriba
de modo que no se borre.
Poco a poco los daré,
un dia seis y otro doce,
hasta que ya esté cumplido
compromiso en tan enorme.

DON QUIJOTE. La fermosa Dulcinea
del encanto los rigores
sufriendo está, y es preciso
que tal sufrimiento acortes.
La cueva de Montesinos
de la Mancha entre los montes
es para ella triste averno
donde su belleza esconde.
Cese, pues, tanto suplicio,
pase pronto el Aqueronte
y de los Campos Elíseos
las puras delicias goce.

SANCHO. Ya me dijo la Duquesa
que es la compasión un dote
que al corazón engrandece,
y eso no habrá quien lo ignore.
Mas quien por quitarse el frío
junto a la lumbre se pone,
no compadece a la leña
que se quema en los fogones,
y es natural qne ni a vos
ni a la Duquesa os importe
que éste mi pobre pellejo
me lo arranque yo a tirones.

DON QUIJOTE. Pero calla, Sancho amigo,
que se oye rumor de voces.
Corre a ver lo que acontece.

SANCHO. Ya están aquí los señores.

ESCENA II

DICHOS, LA DUQUESA, EL DUQUE, LA CONDESA TRIFALDI *y dos* DONCELLAS, *estas tres con barbas postizas; después dos* CRIADOS.

DUQUE. De interés será sin duda
lo que buscais, noble dama.
C. TRIFALDI. Así es en verdad, señor,
cosa es de gran importancia.
Supe que en vuestro castillo
Don Quijote de la Mancha
se hospedaba, y en su busca
vengo de tierras lejanas.
DON QUIJOTE. Lo que buscais aquí está,
y si os ocurre desgracia,
a remediarla me apresto
como el deber me lo manda.
DUQUE. *(A la Duquesa.)*
Motivo de diversión
nos ha de dar esta farsa.
DUQUESA. Farsa que está bien urdida.
SANCHO. Juro por Dios y mi ánima
que aquí hay algo que no veo,
mas puede que luego salga.
Que a humo de paja no huele
si no se quema la paja.
C. TRIFALDI. Soy Trifaldi la Condesa,
que en el reino de Gandaya
como dueña me tenía
la Princesa Antonomasia.
Muchos títulos pidieron
que su amor les aceptara,
pero el joven Don Clavijo,
aunque no de gran prosapia,
consiguió ser el objeto
de sus amorosas ansias.
De los dos compadecida,

protegí de buena gana
un amor que en matrimonio
pude hacer que terminara.
Murió su madre de pena,
más que de pena, de rabia,
y sobre su tumba misma
cumplida fué su venganza.
El infame Malambrino,
usando sus artes mágicas,
cuando supo que a los dos
ayudé en su amante trama,
con cruel ensañamiento
puso su mano en mi cara.
En aquel instante mismo
se cubrió de luengas barbas.
Y al saber que estas doncellas
a la Princesa ayudaban,
hízolas también barbudas
como si fueran dos cabras.
Y sólo este encantamiento,
que así nuestra vida amarga,
podrá acabar Don Quijote
si de nuestro amor se apiada.

DON QUIJOTE. Decid, pues, que debo hacer;
que dispuesta está mi lanza
para entrar con Malambrino
en descomunal batalla.

C. TRIFALDI. Así ha de ser; pero es fuerza
que al empezar tal hazaña
el caballo Clavileño
ha de montar, y a sus ancas,
cabalgando a mujeriegas,
su escudero Sancho Panza.

DUQUE. Ya el caballo Clavileño
está aquí, ya sólo falta
que le apreteis las clavijas
y subais del viento en alas.

(Dos criados traen un caballo de madera que colocan enmedio del jardin.)

SANCHO. Pues yo si voy a montar
y mi Rucio se resbala,
me apeo por las orejas
aunque me agarre a la albarda.
¿Y quieren que suba yo,
y me lleven en volandas,
y me quede hecho tortilla
si doy la gran costalada?

DON QUIJOTE. No acredita gran valor
quien con tales miedos anda.
Y ya veo que la Insula
de la mano se te escapa.

SANCHO. No escapará, yo os lo juro,
como Dios conmigo vaya.

DUQUESA. Los ojos he de cubriros,
y perdonad que tal haga,
pues es condición precisa.
(Tapa los ojos a Don Quijote y Sancho con un pañuelo.)

SANCHO. ¿Y a mí también me los tapan?
Hacen bien, pues si me veo
en una región tan alta,
me parecerán los hombres
cosa pequeña y menguada.

DON QUIJOTE. Pues subamos, Sancho amigo,
emprendamos nuestra marcha
y recobren estas dueñas
la limpieza de sus caras.
(Montan en el caballo Don Quijote y Sancho, y uno de los criados coloca junto a sus cuellos unas estopas encendidas. Música en la Orquesta hasta el final.)

SANCHO. ¡Qué ardor siento en el cogote,
parece que me lo abrasan!

DON QUIJOTE. Es que en la región del fuego
estamos ya.

SANCHO. ¡Dios me valga!
Como chuleta en parrilla
han de ponerme estas ascuas;

pues ascuas hay de seguro
por donde el caballo pasa.
(El criado detiene el fuego y sopla con un fuelle.)

DON QUIJOTE. Pues ya la región del hielo
debe estar bien inmediata.
Que ya voy sintiendo frío
que hasta los huesos traspasa.
(Suenan cohetes y D. Quijote y Sancho Panza se asustan.)

SANCHO. ¡Muerto soy!

DON QUIJOTE. No, Sancho amigo;
aún en el cuerpo está el alma,
y no es en verdad la tuya
mimosa y esforzada.
(Las tres doncellas se quitan las barbas.)

DUQUESA. Ya la aventura acabó
porque ya el encanto acaba.
(Les destapa los ojos.)

SANCHO. Otra vez barbilampiñas
han quedado las tres damas.

DON QUIJOTE. Y el desencanto logré
con mi esfuerzo y mi pujanza.

TELÓN

ZARZUELAS INFANTILES

muy morales y fáciles, a propósito para Colegios, Conventos, etc.

	Ptas.
Arias.—*Horas de recreo.* Niños:	
La partitura completa	12
El libreto (G. Arias)	1,25
— *La cacería del Rey.* Ópera para niños o niñas y niños:	
La partitura completa	15
El libreto (G. Arias)	1,25
Busca.—*La canción de la gitana.* Niños y niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (J. Zahonero)	1,25
Carlos.—*El mesón de los estudiantes.* Niños o niños y niñas:	
La partitura completa	10
El libreto (J. Carlos)	1,25
— *La muñeca fingida.* Niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (J. Carlos)	1,25
Ferrer.—*El ruego de una madre.* Niñas y niños:	
La partitura completa (2 actos). .	6
El libreto (S. Cruellas)	2
Hernández.-*¡A las máscaras!* Niños y niñas:	
La partitura completa	6
El libreto (I. Hernández)	1,25
— *Artistas en miniatura.* Niñas:	
La partitura completa	6
El libreto (I. Hernández)	1,25
— *Estrella o la cristiana cautiva.* Niñas y niños:	
La partitura completa	6
El libreto (I. Hernández)	1,25
— *La virtud premiada.* Niñas:	
La partitura completa	6
El libreto (I. Hernández)	1,25
Perillán.—*Choza y palacio.* Niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (M. Perillán)	1,25
Rubio.-*El talento y la virtud.* Niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (R. F. Liern)	1,25
Saco del Valle.—*La bella condesita.* Niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (M. F. y L.).	1,25
— *La soberbia humillada.* Niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (M. F. y L.).	1,25
Santonja.—*Caridad.* Niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (M. Cerezo y Garrido) .	1,25
— *El nacimiento del niño Dios.* Niñas o niños:	
La partitura completa	6
El libreto (M. Cerezo y Garrido) .	1,25

	Ptas.
Taboada.—*Canuto Sonsonete.* Niñas y niños:	
La partitura completa	6
El libreto (J. Zahonero)	1,25
— *El caballo Clavileño.* Niñas y niños:	
La partitura completa	6
El libreto (J. Redondo Menduiña).	1,25
— *El espejo.* Diálogo con música para niña y niño o dos niñas:	
La partitura y el libreto (letra de J. Redondo Menduiña) . . .	4
— *Goya.* Niñas y niños:	
La partitura completa	7,50
El libreto	1,25
— *La bendición de los campos.* Niños y niñas:	
La partitura completa	6
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *La corona de la Virgen.* Niñas:	
La partitura completa	6
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *La fiesta del árbol,* Niños y niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *La jura de la Bandera.* Niños y niñas:	
La partitura completa	6
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *La oveja perdida.* Niños y niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *La primera comunión.* Niñas:	
La partitura completa	6
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *La Romería de la Virgen.* Niñas y niños:	
La partitura completa	6
El libreto (R. Taboada)	1,25
— *Lazo de unión:*	
La partitura completa	7,50
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *Pastores y Reyes.* Niños y niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (J. Zahonero)	1,25
— *San Isidro Labrador.* Niñas y niños:	
La partitura completa	7,50
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *Una hora de estudio.* Monólogo con un número de música para niña:	
La partitura y el libreto (letra de R. Taboada)	4
Trueba.—*La redención de un padre.* (Niños):	
La partitura completa	12
El libreto (L. Ubeda)	2